

be reducirse meramente a los sucesos políticos, sino que en ella deben entrar también las ideas y las producciones de la inteligencia humana». Sobre los hechos sociales: «Apenas han merecido hasta nuestro siglo ocupar un lugar en la historia de las clases trabajadoras, porque los que han dominado hasta el presente no han sido las mayorías, sino las minorías... Hoy, el pueblo va sabiendo su historia, porque comienza a tomar parte en la vida pública, y al pedir justicia es preciso oírle, y hacérsela en lo que la tenga». Sobre las causas económicas: «Hay un estudio que tiende hoy a dominar toda la vida, y es el de los hechos económicos, que desdénan altamente las sociedades antiguas y la Edad Media por haberse reputado deshonroso el trabajo... ¿Cómo se va a negar, sin embargo, que ese estudio trata de las cosas que constituyen la mitad de la vida del hombre y de la sociedad?... Y se ve ahora claro que tan esencial es para la vida el elemento real, material y económico, como el moral, político y religioso, y que la Historia se ha contado a medias». Escritas estas frases en 1866, en su **Compendio razonado de Historia general**, no cabe duda que tales ideas suponen ya una concepción moderna de la Historia como conjunto de todos los saberes que afectan al hombre y su conducta, concepción que sólo ya muy entrado el siglo XX llegará a ponerse en práctica por los historiadores, si bien había sido genialmente anticipada por éste y otros filósofos de la Historia.

Ahora bien, lo interesante de Castro es que estas ideas no eran una mera concepción intelectual, sino algo profundamente vivido en la práctica, y con lo cual pretendía inclinar la balanza de la Historia hacia una estructuración más justa de las clases y de las relaciones entre los hombres. Muy sintomático de esta concepción es la actitud tomada ya en 1861, en el que luego se conocería como «Sermón de barricadas», pronunciado ante la misma Isabel II. Se muestra allí muy duro con las clases poderosas y acomodadas, cuya misión —les dice— es compartir el sufrimiento y el destino de los humildes; «en vez de eso —observa con tono recriminatorio—, se vive en la inacción y en los placeres, y cuando llega el día del peligro se pide a la política que reprima y a la religión que amenace». En realidad, la casi totalidad del «Sermón...» son consejos o advertencias a las distintas clases sociales, pero no deja fuera a la mismísima Reina, a la que en varios momentos se dirige personalmente al criticar el lujo, el afán de gozar, la inconsciencia y la irresponsabilidad de las clases acomodadas. Quizá, sin embargo, nunca tan duro como al anticipar la nueva mentalidad de las clases populares y los peligros de sublevación de las mismas; así, cuando dirigiéndose a Isabel II en persona, dice: «No sólo esto, Señora: el linaje de la gente plebeya, que hasta hace poco nacía sólo para aumentar el nú-

mero de los que viven, hoy nace para aumentar el número de los que piensan. Pero cuando del desorden social, que ve y le irrita, deduce que todo el mundo es obra del acaso, que los nombres de justicia, de virtud y de mérito no corresponden a nada de lo que se realizan en la historia presente, y que los Gobiernos obran sólo movidos por el interés y el favor, piensan mal y se sublevan. La sublevación es sofocada, pero el malestar general continúa, y bajo la misma o diferente forma, las revoluciones se reproducen».

A la vista de estas ideas y de esta actitud de Fernando de Castro, ante las clases trabajadoras y los poderosos de su tiempo, no nos ha de extrañar ya que cuando en 1868 es nombrado, por la revolución krausista, rector de la Universidad de Madrid, canalice sus esfuerzos en pro de las clases menos favorecidas. Vicente Cacho Viu dice, por ejemplo, hablando de esta actitud: «El rector, inclinado por temperamento a las actividades benéficas, abrió las puertas de la Universidad a todo tipo de asociaciones para la educación popular» (**La Institución Libre de Enseñanza**, pág. 207). Efectivamente, en los años de su rectorado y siguientes, Fernando de Castro apoyó algunas de las iniciativas más progresistas de aquel momento: cultivo y fundación de enseñanzas populares dentro de la Universidad en 1869, actividad incansable para el abolicionismo de la esclavitud en 1870, promotor de la educación y enseñanza de la mujer, aspecto que le embargó sus últimos años, como hemos visto, y único campo en que una de sus realizaciones, al menos, ha llegado prácticamente a nuestros días.

Me parece que ahora estamos en mejor disposición para comprender el sentido que tiene dentro de la vida y el ideario de Castro esa Asociación para la Enseñanza de la Mujer, de la que antes hablábamos, milagrosamente conservada hasta nuestros días, si bien sea en la precaria situación que hemos descrito. Y aun con todo ello, todavía estamos muy lejos de comprender la verdadera significación intelectual y religiosa de Fernando de Castro, para lo cual tendríamos que hablar por extenso de su testamento espiritual, donde nos ha dejado constancia autobiográfica de los avatares religioso-ideológicos que atormentaron su vida hasta los últimos cuatro años, en que un cristianismo interior, estético y antidogmático, vino a traerle la anhelada serenidad. Al cumplirse el centenario de su nacimiento en este año, la Editorial Castalia ha decidido publicar ese testimonio de su vida y de sus creencias con el nombre que originalmente le dio su autor: **Memoria testamentaria**. A ella tenemos necesariamente que aludir aquí, aunque sólo sea para indicar que sin su estudio y conocimiento nunca estará completo el pensamiento de Castro; el espacio impide, sin embargo, que nos ocupemos de ella más detenidamente. ■ **JOSE LUIS ABELLAN.**

